

nueva y deliciosa. El colorido del jardín la hizo ir de un lado a otro y sintió hambre. Chupó el delicioso néctar de varias flores y continuó en su afanoso vuelo, hasta que al atardecer, ya cansada, se refugió nuevamente en la rama de veranera.

Empezó a oscurecer.

Vio que la luna se asomaba iluminando el jardín con su brillo pálido de plata. Todo lucía distinto.

Pasó el ciempiés y la saludó.

– ¿Qué tal reina, te has divertido?

– Mucho, todo es hermoso.

– Tú también lo eres.

– ¿Por qué dices que es una lástima que mi belleza dure tan poco?

Pero el ciempiés siguió su camino sin contestar la pregunta de la mariposa.

A la mañana siguiente, apenas despertó, reanudó sus revoloteos, en busca de las flores. Sin darse cuenta, o por natural curiosidad, entró por la ventana de una casa. Se posó en un mueble y echó un vistazo. El colorido de las cortinas y los objetos atrajo su atención, pero su instinto la hizo comprender que allí no había alimento. De pronto vio un canasto con flores. La mayoría eran blancas y tenían un brillo hermosísimo. Voló hasta posarse sobre una de ellas. Entonces una vocecita le advirtió:

– Mariposita, mariposita, vete pronto de aquí. No tenemos néctar que te sirva de alimento.

– ¿Qué clase de flores son ustedes?

– Somos unas flores muy especiales, jamás nos marchitamos.

– Todas las flores se marchitan.

– Nosotras no, contestó otra vocecita.

– ¿Dónde nacen ustedes?

La que parecía una dalia explicó:

– Hace mucho tiempo, fui una dalia natural. Entonces una